

Vitalie Rimbaud

Un viaje a Londres en 1874

Londres, el barrio de Mansion House



Londres, el Strand

El próximo 1991 se cumplirán cien años de que Jean-Arthur Rimbaud llegó al fin de su aventura terrestre en el Hospital de la Concepción de Marsella. En el siglo transcurrido, no se ha escatimado esfuerzo en estudiar, clarificar y cuestionar el mito más poderoso e inquietante en la historia de la literatura. Cualquier nueva noticia, aproximación o documento, por modestos que parezcan, excitan más la curiosidad de quien se acerca al muchacho maldito de Charleville. En preparación del centenario de Rimbaud, Universidad de México publicará textos sobre el poeta antes no traducidos al español. El presente Diario de Vitalie Rimbaud, incluido en las Oeuvres complètes de Rimbaud (París, Bibliothèque de la Pléiade, 1972) nos revela a un Rimbaud doméstico, con instantes de gran ternura y con los estallidos coléricos que nos son más familiares. Vitalie Rimbaud era cuatro años menor que su hermano Arthur, y habría de morir el 18 de diciembre de 1875, a los 18 años de edad. Además de la fragilidad física, Vitalie era una muchacha espiritualmente insegura, sin la fuerza de su hermana Isabelle ni de su madre Vitalie. Con todo, sus instantes de tedio en la ciudad más grande y populosa del Occidente decimonónico, su intuición de que la realidad es siempre ajena a nosotros, la aproximan a la permanente inconformidad de su hermano, quien habría de descubrir, con su existencia y su poesía, que "la verdadera vida está ausente". (V. Q.)

1. Del 5 al 9 de julio de 1874

Ya que deseo conservar las impresiones de mi viaje a Inglaterra, voy a transcribir-las en este cuaderno.

El 5 de julio de 1874 nos levantamos muy temprano; el autobús debía venir a buscarnos para llevarnos al ferrocarril a las seis y media.

...

Mi madre y yo llevamos ayer a mi hermana Isabelle a las ocho de la noche al Santo

Sepulcro, donde va a quedarse como pensionaria hasta que regresemos de nuestro viaje. Al dejar a mi querida hermana, lágrimas ardientes se escaparon de mis ojos; [...]

...

Un coche se detiene frente a la puerta; es el que debe conducirnos al tren; nos subimos y, unos minutos más tarde, nos deja en la estación donde muy pronto nos acomodamos en un compartimiento. Finalmente nos bajamos en Valenciennes. Empezamos a sentirnos cansadas, pero un poco de ejercicio va a despabilarnos y tendremos unas horas libres para visitar la ciudad.

...

Volvemos al ferrocarril que nos dejará en Calais, donde tomaremos el barco a Douvres.

...

Subimos al barco por una especie de escalera; nos divertimos viendo las máquinas y los instrumentos de todo tipo que están por todos lados, después nos vamos a los camarotes. Estamos en una pequeña habitación muy hermosa, iluminada por una lámpara cubierta por una bola de vidrio esmerilado que produce una luz suave. Somos las únicas damas aquí y sólo hay un holandés y una decena de ingleses. Volvemos a cubierta pues no hay ventilación en estos camarotes. Al llegar a cubierta me sorprende el aspecto de todo lo que me rodea; son cerca de las dos y media de la mañana y empieza a amanecer; en el cielo ya no brillan más que algunas estrellas perdidas en la inmensidad del firmamento. Mis ojos nunca descubrieron lo que contemplan en este momento; jamás un espectáculo como éste se había ofrecido a mi vista: nada y todo en esta inmensidad solemne del mar; el mar que yo siempre había visto en la imaginación no era tan bello como éste; durante un largo rato permanecí mirándolo sin decir nada, sin detenerme en ningún pensamiento.

...

Las costas de Inglaterra pronto aparecen ante nosotros; están cubiertas de algo de un blanco amarillento parecido al azufre; debe ser el mar lo que produce este efecto. Parecen acercarse a nosotros cuando somos nosotros quienes vamos hacia ellas; a cada minuto se hacen más visibles las fortificaciones que se elevan ante nosotros. Al fin hemos llegado; son las tres y media de la mañana; durante el tiempo que nos queda antes del momento de partir, a las seis de la mañana, nos dedicamos a visitar Douvres un poco: es la primera ciudad inglesa que veo. Las casas son de hermosa apariencia, muy limpias y construidas ordenadamente; las calles amplias y espaciosas.

En el momento de subir al vagón, cuál no sería nuestra sorpresa al ver todos los compartimientos iluminados; en seguida se nos informa que de Douvres a Londres pasaremos bajo seis túneles; [...]

...

Siempre miro a lo lejos y el horizonte que se desvanece me permite seguir viendo nuevas ciudades, y no dejo de decirme: ¿será Londres, Londres, el término de nuestro viaje, el objeto de nuestros asombros y nuestras sorpresas? La vía del tren corre desde hace un largo rato sobre un lugar donde no se ven más que casas; desde hace un rato ya no nos extraña no ver ni campos ni praderas, sólo casas; al fin descubrimos, ¡vaya sorpresa!, que viajamos dentro de Londres... Hemos llegado a la estación de Charing Cross a las diez y diez. Hemos aquí en la capital de Inglaterra, la ciudad más grande y más poblada de Europa. No contaré las emociones y el asombro que experimenté al llegar a Londres, al ver esa multitud desconocida de gente de todo tipo, al contemplar esos enormes e inmensos edificios entre los cuales nos encontrábamos: jamás lo lograría porque ni siquiera sé exactamente qué era lo que sentía cuando mi hermano Arthur, que nos esperaba en la estación y a quien reconocimos con gran placer, nos llevó por algunas calles cercanas para permitirnos echar un vistazo alrededor: sentía un





Vitalie Rimbaud en 1875

sobrecogimiento y una especie de inquietud al ver un espectáculo tan nuevo y extraño para mí; un ruido constante, carros que cruzaban incesantemente, mil veces, y entre los cuales teníamos que pasar todo el tiempo; una infinidad de personas yendo y viniendo rápidamente, casas diferentes a las de Francia; tiendas y comercios con todo tipo de mercancías hasta entonces desconocidas para mí. Estábamos muy cansadas, y sin embargo, después de depositar en un lugar muy conveniente nuestro equipaje, no pudimos resistir el deseo de ver algunas cosas el mismo día de nuestra llegada, y en dos horas recorrimos algunas calles y un parque del que hablaré más adelante; volvimos muy cansadas y nos acostamos temprano para recuperarnos lo más rápidamente posible de nuestro cansancio, que no debería impedirnos, a partir del día siguiente, comenzar nuestras excursiones.

...

7 de julio. Fui al mercado, le escribí a Isabelle. Arthur nos llevó a ver el Parlamento. ¡Qué obra maestra! Es un inmenso edificio, de una arquitectura elegante y esbelta; a cada lado se eleva una torre cuadrada con esculturas doradas. Vimos el palacio del duque de Northumberland; es muy antiguo, todo estaba cerrado. Vimos el teatro real de la Alhambra sobre una magnífica plaza en medio de la cual se eleva la estatua de Shakespeare; tiene como pedestal un inmenso bloque de mármol blanco; alrededor de la estatua, sobre este mármol, hay seis tiburones, también de mármol blanco, de cuyas cabezas salen varios chorros de agua. Había un mundo de gente en esta plaza. Ese día Arthur nos llevó a una casa donde hablaban un poco de francés. Visitamos las orillas del Támesis surcado por una multitud de barcos llenos de paseantes; desde las orillas pudimos ver el hospital de Saint Martin compuesto de seis grandes y hermosos edificios de ladrillo, el uno igual al otro. Vimos el cuartel de los guardias de la reina, hombres muy guapos, vestidos con pantalón blanco, botas de tipo ecuestre, una túnica de paño rojo, un shakó dorado con un penacho blanco que cae hacia atrás. Este traje, tan bello, hace resaltar aún más la nobleza y la dignidad de quienes lo lucen. Pasamos frente a un inmenso edificio que todavía no está del todo terminado, construido con piedra labrada y columnas de mármol. A las nueve de la noche decidimos regresar pasando frente a Charing Cross. Arthur nos convenció para que asistiéramos al sermón de un sacerdote protestante en la iglesia Saint-Jean. ¿Qué teníamos que hacer en un sermón inglés?... Eran casi las once cuando nos fuimos a dormir.

Miércoles 8 de julio. Mi alma se detiene a recordar con tristeza Charleville, con pesadumbre por mi hermana Isabelle. El tedio que a veces encontramos, hasta en medio de los mayores placeres, quiere también meterse dentro de mí.

...

Nos prestaron un libro (*La verdadera religión cristiana*, de Emmanuel Swedenborg); es un libro protestante. Es imposible comprar nada sin Arthur.

...

El calor es insoportable por la tarde. Salimos con mi hermano a eso de las seis. Después de recorrer una calle inmensa, nos encontramos en la ciudad; ya no encontramos, como donde vivimos, casas con pequeños jardines al frente. El barrio es más comerciante; los monumentos imponentes. Nos divertimos mirando durante un largo rato las grandes y hermosas tiendas. Yo estaba maravillada al examinar todas esas telas tan ricas, tan bien trabajadas y tan baratas, porque en Londres se consigue ropa por nada en comparación con la que se vende en Francia, sobre todo en las ciudades pequeñas.

...

[...] era la oración de la tarde cuando entramos a Saint-Paul; nos condujeron muy educadamente, después de darnos libros de oraciones en inglés, al lugar reservado a



Arthur y Frédéric Rimbaud

las damas; recitaban salmos; un ministro hacía la lectura con una voz triste y doliente; pronto terminó la lectura, las damas que estaban al lado nuestro nos ofrecieron muy amablemente un nuevo libro que aceptamos, negarse habría sido una falta de cortesía... y sin órgano y sin acompañamiento se elevó en aquel frío y severo santuario un canto grave y puro; hombres y mujeres cantaban. ¡Cómo me gustaron esas voces, esos sonidos que tenían algo dulce y triste, armonioso y sublime! Yo me dejaba transportar en una ensoñación tan dulce y fascinante que olvidaba todo lo que me rodeaba para escuchar con toda mi alma esa melodía tan suave y tan encantadora. Jamás se había producido en mí un efecto parecido; jamás había experimentado impresiones tan singulares; [...]

...

Ni un ruido, ni un murmullo podían escucharse; un recogimiento muy piadoso había seguido a los cantos; hombres y mujeres parecían rezar con un verdadero fervor. Contemplé durante un largo rato esa asamblea compuesta únicamente de protestantes y me sorprendió profundamente su excesiva piedad. ¿Cómo es posible, me preguntaba, que hombres que tienen tanto fervor, modestia y apego hacia su culto, no pertenezcan a la verdadera iglesia?; serían tan buenos católicos y darían el ejemplo a tantos otros que no son dignos del bello título de católicos de que son portadores hoy.

...

La asamblea se dispersó en silencio hacia las nueve de la noche; regresamos a nuestro apartamento preocupadas con muy diversos pensamientos.

Jueves 9. Nos levantamos a las siete y media; hoy comimos fresas del jardín, muy bellas y sabrosas, también grosellas. A las seis de la tarde Arthur regresó del British Museum, de la biblioteca y el museo, y nos llevó por calles nuevas, todas admirables ya sea por sus bellos edificios o tiendas, ya sea por sus encantadores jardincitos todos llenos [...]

2. Del 9 al 14 de julio de 1874

Jueves 9. No dormí, el calor era insoportable. Sin embargo tenemos una habitación espaciosa, con dos camas, muy cómodas para mamá y yo. La de Arthur es más pequeña. (*Descripción de las habitaciones, etcétera.*)

Esta mañana, mi hermano, a quien le contamos nuestros problemas de ayer en el mercado, nos dijo que sin embargo no podía estar siempre con nosotras como los dos primeros días para hacerse cargo de todo y que tiene que ocuparse de sus asuntos como lo hacía antes de nuestra llegada. Trata de enseñarme algunas palabras en inglés con la pronunciación adecuada. La manera como repito después de él le hace reír y después le impacienta. No obstante, fortalecidas con sus enseñanzas, hacemos nuestras compras con bastante dificultad. Tenemos fresas deliciosas, grosellas –lo que yo deseaba desde hace mucho tiempo. La leche no es cara.

Por la tarde, Arthur regresa del British Museum. Nos lleva a conocer nuevas calles, todas hermosas y atractivas. Unas tienen un aire de frescura con sus lindos jardines cerrados con rejas frente a las casas, y también con largos corredores sembrados de árboles, flores y pasto sobre los bordes de la calzada; las otras están llenas de tiendas admirables. No podríamos dejar de mirarlas. (*Descripción de vestidos, sombreros, telas, etcétera.*) Pero hace un calor demasiado agotador. Yo alimentaba en mi fantasía el deseo de regalarme con un helado o una limonada. Arthur, muy gentil, adivinó mi deseo y logró que fuera realizado. Un helado de crema, ¡qué delicia! Durante un largo rato estuvimos viendo un globo. Regresamos a las diez y media a nuestro apartamento, donde el calor era sofocante.



Viernes 10. Nos levantamos a las ocho y media. Siempre con calor. Imposible hacer nada. No me encuentro bien. Sin duda es el cansancio y el calor. Pero no me quiero quejar para poder acompañar a mamá al mercado; pienso que entre las dos podemos hacernos comprender mejor. Compramos unos hermosos pescados. La carne y el pescado, y hasta las legumbres que compramos en el mercado, se llevan al asador donde las cocinan sin cobrar gran cosa. Naturalmente fue Arthur quien nos dijo cómo arreglárnoslas. Mi malestar aumenta, me invade. Soy presa de pensamientos muy tristes. Me desespero, lloro en silencio... Querida Isabelle, que el cielo te inspire, reza por mí, por mamá, por nosotros tres, expatriados. Arthur no viene a comer. Como con mamá. Después me siento repuesta, ya soy más fuerte.

En la tarde, Arthur me propone acompañarme al parque. Acepto con alegría. De camino, mamá pide que veamos las tiendas más bonitas del barrio. Mi hermano lo acepta con una bondad y complacencia perfectas, yo los sigo de mal humor. ¿De qué sirve llenarse los ojos y la memoria con todas estas cosas, con todos estos tesoros, si no compramos nada? ¡qué lástima de no poder llevarse nada! Pero tengo la esperanza de comprar unas hermosas faldas bordadas. El parque es delicioso; es un oasis, un paraíso. Fue difícil encontrar una banca ya que todas estaban ocupadas. Arthur me llevó a beber en una fuente agua fresca, exquisita.

Sábado 11 de julio. No hace tanto calor. Llovió un poco durante la noche. Todavía estoy cansada. Arthur se va a la casa de unos ingleses para organizar algo. Estuvo muy contento él también pues al mismo tiempo que la de Isabelle, llegó una carta donde le proponen tres puestos diferentes. Estoy muy contenta por él y por nosotras porque lo antes que encuentre un buen trabajo, lo antes que nosotras volveremos a Francia. Y por más que yo considere Londres magnífico, me fastidia, no amo más que a mi patria. Isabelle hizo bien en quedarse, y la simple idea de que yo podría por un milagro estar cerca de ella, me agobia y me asfixia, me impide respirar.

Salí con mi madre. ¡Qué paciencia y qué abnegación mostró! ¡Cómo he conseguido fatigarla! Siento vergüenza por eso. Necesitábamos dinero inglés y durante un buen rato intentamos hacernos entender por un cambista. Pero fue imposible. ¡Qué desgracia cuando es imposible explicarse! Felizmente Arthur regresó y arregló todo en menos que lo cuento. Podemos comer a mediodía. Por la tarde, me siento mejor que de costumbre, estoy contenta. Arthur me sonríe. Me pregunta si lo quiero acompañar al British Museum. Allí vimos una cantidad de cosas asombrosas. La biblioteca, donde se admite a las mujeres lo mismo que los hombres, cuenta con tres millones de libros. Allí es a donde Arthur va tan seguido.

...

Domingo 12 de julio. Éste es el primer domingo que paso en Londres. A diferencia de los otros días, no se escucha el ruido de los coches. Es un buen día, fresco. No siento el agobio de los otros días. Arthur se aburre. Vamos a un templo protestante. Es parecido a las iglesias católicas. Hermosas bóvedas, arañas, bancos, etc. Me entristecí tanto que sentí que me enfermaba. Salimos a la una después de haber permanecido ahí dos o tres horas. Compramos carne de res y de cerdo para la comida. Arthur fue a buscarnos fresas deliciosas. ¡Oh! ¡Cómo me gustan! Por la tarde, calor sofocante. Si salimos no será sino hasta la noche.

...

Lunes 13. Mamá se encuentra enferma.

...

Martes 14. Mamá dice sentirse mejor; pero está terriblemente descompuesta. Yo también sufro de tedio, desánimo, tristeza...



[..] cómo irnos de aquí ahora que estamos tan lejos de nuestro país. Siento una especie de desesperación. ¿Y si tuviéramos que quedarnos aquí? No poder ir más a Charleville... Pero no; algo dentro de mí me dice que espere. ¿Acaso no me dijo mamá que la semana que viene, pase lo que pase, nos iremos?

...

Salimos por la tarde. Yo me porto mejor. Arthur se ve bien; no vamos demasiado lejos. Caminamos junto a unos muros detrás de los cuales corren siempre trenes. Vías por todas partes, estaciones. Al regresar nos entretenemos mirando el tren subterráneo. ¡Qué maravilla! Todo el tiempo pasa bajo túneles, bajo puentes, ¡y con qué rapidez! Los trenes están llenos siempre de pasajeros más educados que nuestros inquietos franceses. Y esta multitud es calmada, tranquila, silenciosa. Ni un grito, ni un gesto inútil.

3. Del 15 al 31 de julio de 1874

Miércoles 15. [...] Está más fresco. Mamá está triste. Aunque quizá menos que ayer por la tarde. ¡Qué sed! Tomo leche fresca golosamente. Tienen muy buena leche en Londres. Arthur se va. Va al British Museum y no regresará antes de las seis de la tarde. Estoy contenta; el malestar que me asfixiaba ha desaparecido; voy a estar más libre. ¿Pero para hacer qué?

...

Voy al mercado con mamá. Después iremos al parque East. Siento un bienestar indescriptible en este parque. Sentada en una banca me adormezco un poco [...] Me parece estar en Charleville, en la plazoleta de la estación. El gorjeo de los pájaros me recuerda el canto, mi querida clase de canto, el canto, la mitad de mi vida, el único placer que disfruto en el mundo.

...

Qué de gente, de todas las costumbres, de todas las nacionalidades. Casi no descubro franceses. No soy quizá una fisonomista, pero seguramente si encontrara franceses me daría tanto gusto que los reconocería instintivamente. No es que deteste a los ingleses, reconozco en ellos muchas cualidades: cortesía, probidad, tacto, urbanidad. ¡Pero qué frialdad, qué rigidez! Esta gente no tiene ninguna muestra de ternura, no deben nunca amar nada ni a nadie.

Arthur sale por la tarde. Nosotras también salimos. Imposible quedarse en nuestra habitación, nos cocinamos como en baño turco a pesar de las dos ventanas abiertas. Yo sufro.

...

Jueves 16. No ha habido nada para Arthur, ninguna novedad. Seguramente es todavía más enojoso para él que para mí. Probablemente. ¡Oh! ¡Y si sin embargo consiguiera emplearse! Si no encuentra nada será muy triste. Mamá está tan acongojada, tan encerrada. [...]

Esta mañana, mamá prepara su hermoso vestido de seda gris, lo mismo que su capa de Chantilly, que trajo, por indicación de Arthur, para poder presentarnos junto con él bien vestidos y como referencia de honorabilidad. Yo escribo. Arthur lee. Todavía no tenemos noticias de Francia. Paciencia, sin duda llegarán para el sábado.

...

Viernes 17. [...] Vi la Torre de Londres, aquella donde, por así decirlo, fueron sepultados vivos los príncipes y princesas de familias nobles de Inglaterra. El monu-



mento tiene la fachada sombría que conviene a los recuerdos que evoca. Sepulcral, triste, siniestra, provoca escalofríos. Hubiera querido entrar en ella para ver si el interior corresponde al exterior y si conserva vestigios de los antiguos prisioneros. Pero parece que no se puede entrar y que actualmente está casi deshabitada.

...

Arthur nos llevó a ver los muelles. [...] Es interesante ver cargar y descargar los barcos con distintos cargamentos.

...

Sábado 18. [...] Arthur fue de nuevo a encargar unos anuncios y a buscar a otro representante. Quizá hoy mismo encuentre un trabajo. ¿O será tal vez hasta el lunes? ¡Cómo quisiera que ya fuera el día! ¿Qué alegría me traerá el lunes, o qué tristeza? Ten piedad de nosotros, Dios mío, no nos abandones.

Por la tarde recibí carta de Isabelle. He vuelto a encontrar la felicidad.

Domingo, a las ocho. Todavía no sé lo que haremos hoy. Me gustaría mucho ir a misa; hace dos domingos que no escucho oficios católicos. Si Arthur nos llevara al barrio francés, sin duda encontraríamos una iglesia.

Ya son las diez y media. A falta de algo mejor, he vuelto a leer una parte de mi gramática. [...] ¡Dios mío! cómo son tristes los domingos aquí.

Al fin decidimos ir al parque. [...]

En cada esquina, en las calles, hay prédicas; hoy vi siete. La gente rodea a los predicadores y los escucha con recogimiento y respeto. Se distribuyen escritos piadosos.

Por la tarde, Arthur por fin encontró una iglesia católica y francesa. Nos llevó. ¡Qué bendición! [...]

...

Martes 21. Arthur recibió una carta ayer por la tarde. Estoy contenta y espero.

...

Miércoles 22. [...] Estuve cosiendo. Tanto Arthur como nosotras estamos muy preocupados y perplejos. Empleos, ¡que si los hay! Si él hubiera querido ya estaría colocado y nosotras nos hubiéramos ido. Si él lo hubiera querido, nos hubiéramos ido hoy. ¡Oh! cuando pienso que en este momento hubiera tenido esa alegría... Aunque después de todo, ¿me habría podido sentir muy feliz de irme después de haber sido testigo del dolor y las súplicas de Arthur? Mamá dijo: ocho días más. Y bueno. Estaba al mismo tiempo decepcionada y contenta: contenta por Arthur. ¡Bah! De todos modos estoy de parte suya.

Viernes 24. [...]

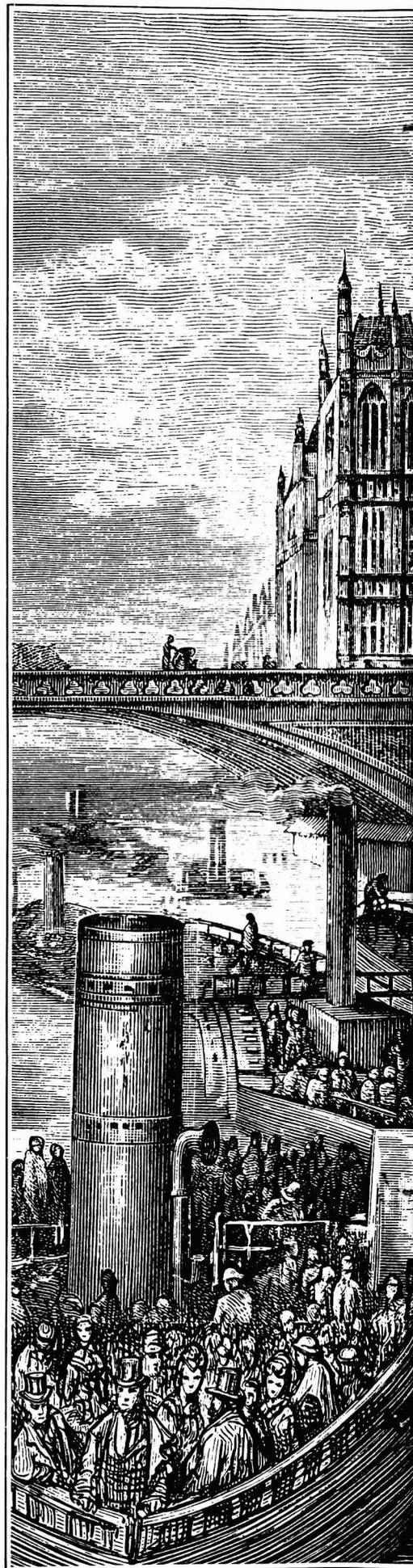
Sábado 25. Hemos pasado un día muy pleno. Fuimos al museo de pintura [...] Vi uno de los palacios de la reina. Está rodeado de árboles. No me pareció elegante; me imaginaba muy distinto un palacio real. Las paredes, ennegrecidas por el tiempo, no tienen esculturas. ¿Y las ventanas? Son como todas las ventanas, pero muy pequeñas. Hay grandes caballerizas.

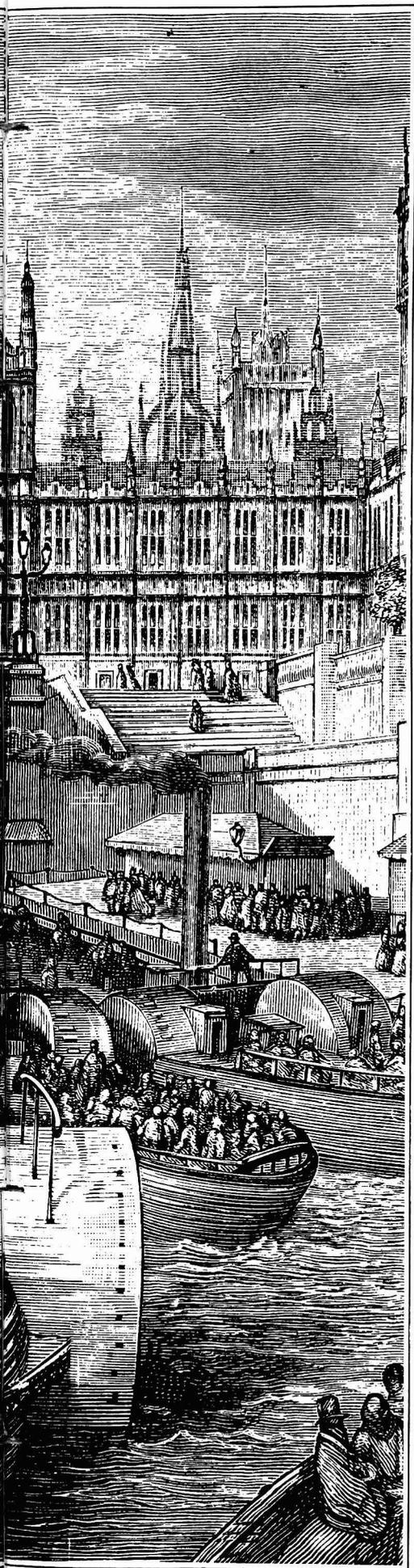
Vi el monumento construido en honor del príncipe Albert. Es todo dorado. Maravilloso.

...

Fuimos a dos parques. En uno de ellos, unos soldados ingleses recibían adiestramiento de guerra. Se visten muy llamativamente. Me interesaron mucho sus trajes y sus movimientos. Había unos a caballo y se veían magníficos de aspecto y de porte, ellos y sus caballos.

Comimos en el restaurante y tomamos un excelente té con pan y mantequilla.





Domingo 26. [...]

Lunes 27. Dormí terriblemente. Decepción: ninguna carta, nada. Realmente me sorprende que no llegue nada. ¡Vamos, paciencia! Resulta que me empiezo a acostumbrar a este país. Me parece más soportable. Charleville me parece un lugar de delicias muy lejano. Hasta me parece que lo olvido un poco. ¡Oh! no, eso no puede ser: yo soy fiel a mis afectos y me avergonzaría de olvidar mi patria.

...

Pasamos la tarde en el British Museum. Voy a hablar un poco del museo al que fui hoy. He aquí lo que más me interesó:

Los restos del rey de Abisinia, *Théodoros*, y de su mujer: túnicas, una de las cuales está adornada de una especie de cascabeles de plata; su corona, con verdaderos diamantes; sus armas; varios tocados, zapatos de la reina su mujer, de plata con piedras preciosas; peines de madera; tenedores y cucharas rudimentarios, de madera.*

Martes 28. Ninguna carta. ¡Es terrible! Esperaré a la tarde.

...

Miércoles 29. Esta mañana, a eso de las nueve, arreglaba todas mis cosas cuando Arthur, preocupado y nervioso, dijo de repente que saldría y que no regresaría a mediodía. Pero a las diez regresó y nos anunció que se irá mañana. ¡Qué noticia! Me siento sofocada. ¿Al menos estoy contenta, después de haber ansiado tanto este momento? Honestamente, me costaría mucho responder con franqueza; y no puedo explicarme esta espina que me lastima el corazón en el momento en que debería estar tan contenta.

...

Por la tarde iremos a comprar varias cosas para Isabelle y para mí, entre otras unos hermosos mantones; además, varias cosas para Arthur.

Tomamos té en la cena. Le hago algunos arreglos al pantalón y al gabán de Arthur; después, él sale.

En este momento son las diez y media. No sé qué va a pasar. No hay noticias de nadie. Isabelle, no eres razonable. Estoy casi enojada contigo. No puedo comprender tu silencio.

Jueves 30. Arthur no puede irse hoy porque la lavandera no le trajo sus camisas. Por la tarde iremos a comprar lencería.

Viernes 31. Siete y media de la mañana. Arthur se fue a las cuatro y media. Estaba triste.

...

Las dos y media. Nos vamos dentro de una hora. ¡Qué efecto me produce esto! Mi nerviosismo ha ido aumentando, ahora ya es angustia. ¿Cómo puedo echar de menos Londres de esta manera y haberme encariñado sin darme cuenta, creyendo que sufriría? [...] Pienso en Arthur, en su tristeza; en mamá, que llora, que escribe. [...]

Nos vamos. Nunca volveré a ver nuestra habitación, ni el paisaje familiar, ni Londres**... ◇

* Después de esta palabra se encuentra, entre paréntesis, este comentario de Isabelle: (No es raro que los objetos mencionados y citados por Vitalie hayan sido señalados a su atención por Arthur. Los rasgos mismos de las notas manuscritas de Vitalie indican, aseguran, que Arthur se sintió emocionado ante los restos de Théodoros.)

** El manuscrito termina con este comentario de Isabelle, puesto entre paréntesis: (Regreso a Charleville por Folkestone, Ostende, Brujas, Alost, Bruselas, Namur, Dinant, Givet, casi seguramente de acuerdo con un itinerario trazado por Arthur, quien se preocupó, como puede verse, de que las viajeras tomaran una ruta distinta a la de la ida; sin duda con el objeto de que vieran países nuevos y así diversificar sus intereses.)